

Qué trajo Juan Pablo II a El Salvador. Reflexiones sobre la tragedia y la esperanza del pueblo salvadoreño

Italo López Vallecillos

RESUMEN

Este artículo enfoca el viaje de Juan Pablo II a El Salvador desde el proceso socio-político-económico vigente en los últimos cincuenta años y desde el novedoso proceso eclesial comenzado con Vaticano II y Medellín. Defiende la tesis de que el Papa ha ayudado a tomar más claramente conciencia de lo irracional e injusto de ese proceso, a propiciar una salida racional al actual conflicto y a comenzar un nuevo proceso sobre bases de justicia. Eclesialmente se afirma que el Papa ha ratificado la línea eclesial y pastoral de la arquidiócesis.

Para ello se describe la situación del país y la trayectoria de la Iglesia en los últimos veinte años. Se detiene a analizar también los documentos de la Iglesia salvadoreña y del mismo Juan Pablo II referentes al actual conflicto. De esta forma se ofrece el contexto histórico, eclesial y doctrinal para comprender el sentido objetivo de sus palabras y para comprender por qué el pueblo y la Iglesia salvadoreña en general han sintetizado su mensaje en los dos puntos antes notados.

Aunque en el artículo se hacen largos análisis sociales e históricos —varias veces presentados en esta revista— no está en ellos su principal fuerza, sino en la convicción esperanzada de que puede y debe acabar la actual situación del país, de que puede y debe renacer la justicia y la paz. Muestra también el artículo, en tono casi confesional, la urgencia de que la Iglesia trabaje cada vez más en serio por la justicia y por la paz, convencido el autor de que los valores evangélicos —tan admirablemente realizados en Mons. Romero— son útiles y decisivos para la humanización y reconstrucción de la sociedad salvadoreña y de sus personas. Esto es lo que se espera como resultado del viaje del Papa y lo que se debe poner por obra.

Introducción

Juan Pablo II visitó El Salvador en una hora crucial de su historia. Vino al país en los momentos en que se está cerrando un trágico ciclo histórico, comenzado hace cincuenta años, vino al final de un proceso que en la actualidad está mostrando sus frutos de guerra, represión y destrucción, cuyo desenlace es todavía incierto, pero sobre el que no cabe ninguna duda de que debe terminar, para que la injusticia secular dé paso a la justicia y a la paz. Ha venido también veinte años después del Vaticano II y quince después de Medellín, años en que la Iglesia salvadoreña ha operado un profundo cambio en su misión con serios conflictos externos e internos.

Esos procesos y no sólo la coyuntura actual vista en sí misma es lo que proporciona, si no la única, si la más importante óptica para analizar el significado de su visita. Es sin duda alguna, posible e importante analizar en detalle sus gestos y palabras; también pudiera analizarse su viaje desde el punto de vista de a qué bando de los que están en conflicto ha favorecido o desfavorecido más su visita; sus alocuciones pueden y deben ser analizadas y discutidas desde las ciencias sociales y teológicas. Todo esto es importante. Pero en este artículo queremos concentrarnos en analizar la visita del Papa como respuesta objetiva más allá incluso de sus intenciones al clamor que ha generado este largo proceso; qué es lo que de positivo o negativo ha aportado el Papa a lo fundamental de este proceso.

A nuestro entender dos cosas importantes ha aportado el papa. La primera es la urgente necesidad de que se termine este inicuo ciclo histórico con la paz y la justicia y con la consiguiente apelación a todos a ser hacedores de la paz y de la justicia. La segunda es la reafirmación oficial de la línea eclesial de la arquidiócesis, enfatizada en su reconocimiento de Mons. Romero y en el nombramiento de Mons. Rivera como su sucesor, con lo cual en hechos ha dado preferencia a una línea de actuación eclesial en el país sobre otras y ha confirmado que parte insustituible de esa verdadera línea eclesial es la opción por los pobres tal como la han entendido y practicado los últimos arzobispos de San Salvador.

Este aporte fundamental puede ser manipulado porque el lenguaje religioso del Papa y sobre todo su lenguaje doctrinal es a veces en exceso abstracto. Sus gestos concretos para apoyar ese mensaje, además, fueron mínimos. Pero así fue recibido su mensaje, porque —independientemente

incluso o más allá de sus intenciones— es el mensaje por el que está clamando la realidad salvadoreña, sus hombres y mujeres cansados de injusticia, represión y guerra.

Esto es lo que queremos exponer en este artículo. Reiterar brevemente los análisis sociales e históricos, tantas veces presentados en esta revista, es necesario para que se comprenda a qué realidad tenía que responder objetivamente el Papa. La presentación de estos análisis, sin embargo, y las mismas respuestas del Papa no se hacen con la distanciada actitud del científico, sino con la esperanza y responsabilidad del salvadoreño y del cristiano de que se haga realidad ese núcleo mínimo, pero central de lo que trajo el Papa.

1. Las raíces del conflicto

El Salvador se debate en una de las peores crisis de su historia, la cual debe estudiarse y analizarse a la luz de la lucha de clases. Con ello queremos apuntar que la conflictividad se da como fruto de una estructura económica, social, política y cultural injusta, dentro de la clásica dicotomía de dominantes y dominados que caracteriza a los modelos societales de América Latina. No hay, en consecuencia, que rehuir ese elemento de partida, esencial para establecer las raíces del drama que sobrecoge a la población salvadoreña.

Pudiera argumentarse que en todo occidente existen pobres y ricos y, no por ello, se generan guerras internas, lucha entre bandos aparentemente irreconciliables. La cuestión es cierta a medias. El capitalismo ha dividido a los países, a su vez, en desarrollados y subdesarrollados. Los del norte gozan de estándares de vida aceptables y, en ellos, la alimentación, la vivienda, la salud y la educación están al alcance de las mayorías. Los adelantos de la ciencia y la tecnología sirven de alguna manera para crear formas de convivencia armónica, si no enteramente equitativas y justas, por lo menos dignas para los seres humanos. Los países del sur o en vías de desarrollo padecen los rigores de la pobreza, la miseria y la marginalidad, insertos como están en una división internacional del trabajo que favorece a las grandes potencias, a las naciones ricas a expensas de las pequeñas y atrasadas.

El Salvador dentro de ese orden de ideas pertenece al bloque de Estados capitalistas de la cuenca del Caribe. En su territorio, de escasos 21

mil kilómetros cuadrados, viven cerca de cinco millones de personas. La densidad demográfica es de 218 habitantes por Km² y su tasa de crecimiento anual promedio es de 2.85%. La economía, a base de plantaciones de café, azúcar y algodón, no ha podido incorporar a los sectores mayoritarios al proceso productivo. Los habitantes ubicados principalmente en las zonas rurales no son sujetos activos del sistema, el cual es incapaz de generar el empleo que la población demanda. En materia de desocupación es impresionante señalar, según estimados del CUDI, que el índice de desempleo alcanzó en 1980, 293,000 personas o sea el 19.5% de la población económicamente activa. El subempleo tuvo ese año un 68% de la cifra total. El ingreso per cápita más alto en el siglo XX lo alcanzó en 1977, esto es 500 dólares (equivalente a 1,250 colones). La actividad industrial apenas si da trabajo a 48 mil personas (1982), sin cubrir en su totalidad la primera fase de la revolución industrial europea.

La frágil estructura económica vuelve vulnerable la organización social, donde se observa por una parte a una pequeña clase propietaria llena de privilegios y, por otra, a una gran masa de proletarios, desempleados, marginados. La concentración de la tierra en pocas familias explica las condiciones sociales explosivas que vive El Salvador. En 1979, un 4% de los habitantes poseía el 87% de los medios de producción (haciendas, fincas, beneficios, bancos, comercio, industrias), en tanto el 82% de la población tenía acceso al 13% de la tierra y otros bienes.

En 1981, 1,500.000 trabajadores obtuvieron ingresos ligeramente superiores a 800 dólares por año (dos mil colones salvadoreños), en tanto el ingreso para los capitalistas fue 69 veces mayor al ingreso total del obtenido por los trabajadores. En el período 1971 a 1981, de cada colón de ingreso generado por la economía salvadoreña, 0.56 fueron retenidos por los propietarios de los medios de producción.



Las condiciones de sub-alimentación del salvadoreño alcanzan un promedio de 1,429 calorías per cápita diarias y la escasez de vivienda lo sitúa en una marginalidad de primer orden. El 45% de la población de San Salvador vive en colonias ilegales, en tugurios construidos a la orilla del Acelhuate, en los llamados "cinturones de miseria" que crecen con la migración rural acelerada. Estos hechos concretos, reales, palpables, son el combustible de la violencia contra el sistema. Ahí están las raíces del conflicto político-social.

Esta conformación clasista a ultranza, cerrada a la posibilidad de acceso a los llamados sectores medios o subalternos, no solo objetiviza un estado de postración y miseria material y espiritual, sino que potencia y favorece los odios y resentimientos humanos. En El Salvador, independientemente del color ideológico con que se miren las cosas, es una verdad indiscutible aquello de que "sólo al que le duele, le duele".

No hay necesidad de argüir que la violencia es la gran partera de la historia, para explicar que las raíces profundas de la enfermedad de El Salvador se hallan en la injusticia secular, en la institucionalización de un modelo económico que no sólo es anacrónico desde la perspectiva del desarrollo capitalista, sino que es insensible al dolor y a la tragedia de la clase dominada. Si la matriz de producción material no es racional, menos lo son los medios y mecanismos de control social, los que tienen que ver con la educación, la cultura y en grado mayor con la política.

Al esquema económico-capitalista-dependiente, hay que agregar un sistema político pseudo liberal, bajo cuyo ropaje retórico se esconden las más "brutales represiones" contra los ciudadanos. Los clanes familiares, opuestos a todo cambio social, se las han arreglado durante muchas décadas para que la fuerza armada del Estado, de la república, esté al servicio de intereses minoritarios, plutocráticos, oligárquicos. En nombre de la soberanía popular, de la democracia representativa, de la libertad y la justicia social, la clase dominante ha mantenido la hegemonía al interior de los aparatos de Estado, sirviéndose de la ideología y de las armas de la nación en su propio beneficio.

El ejército, brazo armado del pueblo según la tradición liberal francesa, tarde ha entendido en el país que su papel no es, ni debe ser jamás, el de una fuerza de ocupación o un cuerpo de gendarmes destinado a mantener un orden social injusto. En los últimos tiempos los oficiales han "descubierto" la manipulación de que son obje-

to por parte del sector dominante, y han reaccionado hacia los cambios, aunque de una manera muy reservada o conservadora. Todavía persisten algunos en plegarse a la gran mentira de la "democracia" de cartón, a la democracia de los de arriba, llena de fraudes y corrupción. La ideologización o el interés mediato les inclina o los arrastra a lo que muchos autores europeos llaman el terrorismo de Estado, o sea el abuso de la autoridad en contra de los derechos civiles y políticos del pueblo, a nombre de quien se dice gobernar.

Se podría abundar en ideas respecto a la opresión, la coacción, la coerción, la represión en tiempos más o menos normales, pero esto no es ya necesario. El Salvador, al que vino el Papa Juan Pablo II, es escenario de una guerra interna, de una confrontación político-militar entre fuerzas sociales opuestas y en pugna.

Su Santidad Juan Pablo II, informado sin duda por los nuncios y los obispos, no ignora la situación trágica de El Salvador. Conocedor de la realidad por los hechos sociales que se expresan cotidianamente en muertes violentas, enfrentamientos armados entre efectivos del gobierno y grupos insurgentes, desplazados de las zonas de lucha interna, refugiados y desamparados que ambulan por la ciudad de San Salvador y países cercanos, Su Santidad Juan Pablo II llegó a nuestra patria como un líder espiritual, un pastor angustiado por sus ovejas, a las que según sus propias palabras "sólo el amor puede salvar".

Llegó Juan Pablo II a El Salvador con pleno conocimiento de que el conflicto ha producido ya más de 55 mil víctimas, medio millón de desplazados y un deterioro institucional sin precedentes.

2. La Iglesia salvadoreña y su compromiso histórico

Aunque el vocablo Iglesia abarca a toda la comunidad cristiana, católica en nuestro caso, el uso del término se circunscribe para muchos a la jerarquía eclesiástica.

Queremos brevemente indicar que tal error debe corregirse. La Iglesia somos todos y carece de sentido hablar de una Iglesia de los sacerdotes, los obispos, los arzobispos, los cardenales y los papas. Es la comunión con el Evangelio. La práctica solidaria de los principios de Jesús es la que crea y fortalece a la Iglesia

En un país donde la mayoría es cristiana, religiosa en grado sumo, la necesidad de hacer Igle-

sia es imperiosa. El catolicismo salvadoreño no siempre ha estado a la altura del signo de los tiempos, pues ha permitido, a nivel individual y a nivel de jerarquía, que el pecado de la opresión social se haya institucionalizado. Cuántas veces, en nombre de la Iglesia de Cristo, se ha ocultado la miseria e ignorancia de quienes constituyen la mayoría de la Iglesia y en alianza tácita o explícita con las clases dominante y subalterna se ha bendecido la dominación de unos pocos, con lo cual el privilegio no ha hecho sino sembrar odio en la colectividad. Un odio y un resentimiento que va más allá de la voluntad de quienes dirigen la Iglesia, equivocados en su percepción de lo que es la humildad y la mansedumbre de los de abajo, de los que no tienen nada, excepto sus miserables existencias a la orilla de los ríos, donde se erigen los tugurios y las champas de lámina y cartón. Ese hacer Iglesia para las élites y los poderosos es el mayor pecado de los pastores salvadoreños de ayer y de hoy.

En las últimas dos décadas la Iglesia católica, apostólica y romana ha roto su esquema jurídicista, apropiado para modelos autocráticos, oligárquicos y señoriales. Desde el Vaticano II, la reforma de Juan XXIII y Paulo VI, ha traído un nuevo mensaje de amor, fe y esperanza. Se trata de un rescate de los propios Evangelios, para desde ellos encarnar la palabra de Cristo en el proceso histórico, sin el espiritualismo aéreo y verticalista de otras épocas que servía para afirmar el conformismo en las masas. El pasado, a partir de 1964, ha vuelto sus ojos y su corazón a los cristianos que sustentan la Iglesia en su globalidad, con preferencia hacia los pobres, aunque no necesariamente sólo a ellos.

La nueva visión vaticana de cómo hacer Iglesia explica —en el contexto de América Latina— la visita de Paulo VI a Medellín, Colombia, en 1968. Legítima los acuerdos y resoluciones del episcopado latinoamericano respecto a la situación de los católicos del continente, sometidos a condiciones de injusticia y explotación inicua.

Los marginados se han vuelto los sujetos más importantes de la actividad de la jerarquía eclesial en la doble vertiente de la evangelización y la liberación para el disfrute del bienestar y la paz en este mundo, independientemente de una preparación espiritual para encontrar a Jesús en la transcendencia de su sacrificio por la humanidad. La nueva evangelización católica parte de la realidad social en que se halla inmerso el cristiano y denuncia, con palabra bíblica, la explotación del hombre en América Latina. El reino de

Dios, como el gran ideal o la gran utopía, comienza en esta vida y básicamente consiste en la praxis cristiana de ser hombres de Dios, con iguales deberes y derechos, en la línea de la comprensión, la tolerancia, la solidaridad y el amor entre los miembros de la comunidad cristiana. El catolicismo se replantea como un ejercicio real del "amaos los unos a los otros", en una dimensión ecuménica, universal.

En El Salvador la reforma de la Iglesia, a partir de Vaticano II y de los textos de Medellín, ha ocasionado serias divisiones. Por un lado están los sacerdotes pre-conciliares y, por otro, los que han asumido las nuevas directrices y pueden estimarse como post-conciliares. Es bueno señalarlo a la hora de enjuiciar la actuación de algunos religiosos y de algunos obispos, para quienes alejarse de los poderes temporales resulta una tarea difícil, si no imposible.

Desde la época de Mons. Luis Chávez y González, quien rigió el arzobispado de San Salvador del 21 de noviembre de 1938 al 21 de marzo de 1975, año en que renunció por jubilación, se advirtieron síntomas de inconformidad de algunos fieles por la actitud abierta del prelado hacia los problemas sociales del país. La actividad sacerdotal se inclinó, de 1938 a 1963, a una renovación del salvadoreño por la fe y el compromiso de defender los valores éticos cristianos, en línea a fortalecer la educación católica y las llamadas obras de caridad. Son muchísimos los ejemplos de la labor arzobispal de Mons. Chávez y González: el Seminario San José de la Montaña, fundado y dirigido por los jesuitas, pero bajo su especial cuidado, y donde se graduaron muchísimos sacerdotes del país y de toda Centroamérica; la fundación de YSAX y la puesta en marcha de las escuelas radiofónicas; su estrecha vinculación con Defensa Social Salvadoreña, entidad integrada por laicos y cuya finalidad principal fue velar por los principios cristianos en la sociedad; la creación del semanario **Orientación**, base para la labor de periodismo católico.

La reforma del Vaticano II y de Medellín no sorprendió a Mons. Chávez y González, hombre generoso y prudente, pero de arraigadas virtudes apostólicas. Precisamente fue él quien sentó las normas para la creación de comunidades de base y de delegados de la Palabra para la evangelización rural en El Salvador. Junto a él, como obispo auxiliar estuvo durante 16 años Mons. Aturo Rivera y Damas, en una concordancia de opiniones y de seguimiento de las nuevas tendencias de la Iglesia católica y romana.

El nudo del problema es demasiado complejo para las generalizaciones y los simplismos políticos. De ahí que la palabra del Papa sea importante para introducir realismos en la polarización, para señalar con amor, a unos y a otros, que hay que redefinir los métodos para alcanzar los fines de la justicia con paz y los fines de la paz con justicia.

El 22 de febrero de 1976 tomó posesión del arzobispado de San Salvador, Mons. Oscar Arnulfo Romero y Galdámez, quien antes desempeñara el cargo de obispo de Santiago de María y fuera uno de los más combativos redactores del periódico **Chaparrastique**. Su condición sencilla, no le había permitido a Mons. Romero espigar un pensamiento y una acción descollante en el medio. Hombre formado antes del concilio Vaticano II, siguió los planteamientos de la Iglesia de Pío XII, al igual que todos los sacerdotes y obispos de las 5 diócesis del país.

En razón de grandes motivaciones interiores y tras las enseñanzas de Juan XXIII y Paulo VI, Mons. Romero poco a poco se renovó en la fe y se adaptó a la iglesia nueva que, en el fondo, no era sino un reencuentro con la verdadera Iglesia cristiana. Esa misma Iglesia que, tras siglos de confabulación con los intereses temporales, había colocado en una situación deplorable y de alejamiento de la fe y el seguimiento de Jesús a las masas abandonadas de El Salvador.

Las relaciones de Mons. Romero con su antecesor, Mons. Chávez y González, siempre fueron excelentes. No hubo entre ellos diferencias, a pesar de la edad y de circunstancias políticas diversas. Mons. Romero comenzó su ejercicio arzobispal con la benevolencia y simpatía de su antecesor. El puente entre ellos fue el servicio a la Iglesia en la tesitura del concilio y de los lineamientos vaticanos para la Iglesia cristiana de América Latina. Es muy probable que Mons. Chávez y González prefiriera en ese momento a Mons. Rivera y Damas, por haber sido éste su colaborador y amigo por varios años. La fama de Mons. Romero era, por otra parte, la de un sacerdote moderado, más bien de derecha, con poco conocimiento de los problemas sociales del conglomerado católico.

Los hechos históricos vendrían a mostrar lo contrario. Mons. Romero se encontró de pronto con graves responsabilidades y difícil toma de decisiones en el arzobispado. Después de numerosas giras por la arquidiócesis advirtió que la mayoría de trabajadores rurales, religiosos cien

por ciento, se hallaban sin tierra para cultivo de subsistencia, pagando arrendamientos elevados, sin apoyo crediticio y sin asesoría alguna para afrontar sus necesidades vitales. Esto, unido al espíritu católico expresado en las misas y reuniones de catequesis, lo llevó al convencimiento que había llegado la hora de hacer válido el pensamiento de la Iglesia frente a las estructuras injustas de la sociedad. Su conversión a una Iglesia, con opción preferencial hacia los pobres, hay que buscarla en estos actos de evangelización, de adhesión calurosa de las masas a las puertas de los templos en el interior del país.

Mons. Romero comenzó, entonces, a hablar de la buena nueva. La catedral de San Salvador le sirvió de tribuna para dar muestras de sus preocupaciones ante la insensibilidad de otros católicos, de otros cristianos. Su mensaje siempre trató de tocar el corazón de los que tenían algo, para que lo compartieran con los otros, sus hermanos. La crisis del sistema económico, el endurecimiento de la acción estatal para con los oprimidos, volvía su discurso, su sermón, en voz solitaria en el desierto. Pronto fue llamado subversivo, comunista, al par que la catedral se llenaba de millares de fieles atraídos por su palabra sencilla, profética y alentadora.

Mons. Romero, a través de sus escritos, dejó claramente establecido que la injusticia estructural, que la violencia gubernamental, eran la causa principal del desequilibrio del orden social. En lugar de ser escuchado y atendido, fue hostigado y perseguido. Como era una palabra que venía de la fuente misma del Evangelio, enmarcada dentro de las posturas de compromiso de la Iglesia con los pobres, nunca pudieron señalarle como herético o cismático. Era limpio y claro su cristianismo, y su misión apostólica intachable. Insobornable a los halagos, a las tentaciones del poder temporal, a los falsos honores, a la complacencia y contemporización con el mal poder, sentó cátedra dominical en los aciagos años de 1977 a 1980. Tres años fueron, solamente, los que tuvo a su cuidado la arquidiócesis, pero lo que dijo e hizo pasará a la historia como una



gran herencia para la Iglesia católica salvadoreña. Hasta sus enemigos han reconocido el testimonio de su amor y su sacrificio.

Durante su gestión la Iglesia, en su totalidad, fue perseguida. En primer lugar, los trabajadores rurales, que son la población mayoritaria del país. Luego los obreros urbanos, los empleados públicos y privados, los maestros. Los cristianos organizados para luchar por los intereses eran acosados, secuestrados y obligados a permanecer en cárceles clandestinas, cuando no eran torturados y asesinados. El Arzobispo Romero, lejos de atemorizarse por la violencia gubernamental, por las vejaciones sufridas por la población, levantó su protesta diaria, continua, hasta que alrededor suyo las masas vibraban e imploraban justicia.

Uno de los factores de su conversión a la Iglesia de los pobres, fue el asesinato premeditado y alevoso cometido en la persona del sacerdote Rutilio Grande, S.J., el 12 de marzo de 1977, pocas semanas después de haber asumido el arzobispado. Las acusaciones contra Rutilio Grande no sólo eran ofensivas a su dignidad de cura, sino entrañaban una amenaza real de muerte contra quienes predicaban el Evangelio rural. La sangre derramada era ya mucha y Mons. Romero no podía, en manera alguna, entrar en componendas con el poder militar autoritario y abusivo. Las relaciones Iglesia-Estado se habían dete-

riorado muchísimo de 1970 a 1977, primero por que los gobiernos de Sánchez Hernández y Molina se oponían al trabajo pastoral del clero en las zonas rurales. Objeto de fricciones fue la fundación de la Federación Cristiana de Campesinos Salvadoreños (FECCAS) y de la Unión de Trabajadores del Campo (UTC), ambas con muchos asociados y en plan de obtener reivindicaciones laborales en núcleos importantes del país. Los regímenes político-militares montaron, desde 1974, un abusivo control sobre las comunidades de base que la Iglesia había organizado. La Iglesia repudiaba, por otra parte, el fraude electoral, la corrupción administrativa, la violación de los derechos civiles y políticos y, desde luego, la proliferación de "cárceles clandestinas" y el asesinato y desaparecimiento de líderes obreros y campesinos. En 1977, las relaciones entre la Iglesia y el gobierno eran tensas, derivando a una situación de mayor confrontación.

Resumimos estos acontecimientos para indicar que si en la época de Chávez y González se sentaron las bases de organización de la pastoral y la catequesis cristiana, aproximativas al Vaticano II y a Medellín, en la de Mons. Romero se encarnaron en la historia. Se hicieron realidad. Millares de católicos indiferentes, de las clases marginadas, se acercaron a la Iglesia y formaron parte consustancial de ella. Esto no debe interpretarse como una nueva Iglesia, o como una

Iglesia popular en sí y para sí, sino como un resurgimiento de la acción jerárquica que rectificaba pecados y vicios del ayer cercano.

El asesinato de Mons. Romero, ocurrido el 24 de marzo de 1980 en los momentos en que oficiaba misa en el hospitalito de la Divina Providencia, fue el acto más brutal de los cometidos por los grupos reaccionarios e irracionales del país. Su muerte no podía callar su voz, la voz de los sin voz. Como bien lo dijera en uno de sus últimos sermones, "si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño". Mons. Romero está presente en la Iglesia salvadoreña, por mucho que algunos jerarcas de la misma se empeñen en buscar defectos a su trabajo pastoral.

Desde su muerte, Mons. Romero ha sido recordado palabra a palabra por los católicos salvadoreños. Es cierto que su mensaje produjo divisiones al interior de la iglesia, pero ellas son fácilmente comprensibles. Quienes están con los pobres, oprimidos y perseguidos y son fieles al Vaticano II, a Medellín y a Puebla, se enriquecen con su experiencia. Quienes sueñan con los viejos tiempos de contemporización con el mal poder, con el abuso del mando, o simplemente se acomodan a la política de quienes están en la cúpula social, naturalmente lo adversan.

El nombramiento de Mons. Arturo Rivera y Damas como arzobispo de San Salvador, hecho por el Papa Juan Pablo II antes de su visita a los países centroamericanos y del Caribe, significa una ratificación de la línea pastoral de Mons. Chávez y González y Mons. Romero y Galdámez. Esto hay que ponderarlo, pues indica que Su Santidad Juan Pablo II conoce la historia reciente de la Iglesia salvadoreña y trata de darle unidad, sentido en el tiempo, y sobre todo una reiteración de que la jerarquía en todos sus niveles debe continuar los caminos de Juan XXIII, Paulo VI, Juan Pablo I y Juan Pablo II, en el renacimiento más importante de la Iglesia católica, apostólica y romana de los últimos tiempos.

Así, podemos visualizar la posición de la Iglesia salvadoreña frente al conflicto de esta manera:

A) Fiel a las reformas del Vaticano II, encarnada en la realidad histórica de los pueblos latinoamericanos que deben ser redimidos de la opresión y la injusticia.

b) Portadora de una fe en Cristo y de la salvación de los hombres por medio del sacrificio y el alejamiento de las tentaciones temporales.

c) Denunciadora activa de todo tipo de totalitarismo político, violación a los derechos huma-

nos, y acompañante de otros cristianos no necesariamente católicos.

d) Comprometida a ser voz de los sin voz y a poner toda su fuerza espiritual en la búsqueda de medios y mecanismos que traigan la paz, fortalezcan la solidaridad cristiana, y hagan justicia aquí en la tierra, de modo que el reino de Dios no debe entenderse sólo como una entelequia escatológica, sino como una realidad a partir de la experiencia del hombre de carne y hueso en este mundo y su trascendencia.

f) Seguimiento fiel del Evangelio en su ortodoxia y en su ortopraxis.

El Papa Juan Pablo II, no obstante los intereses políticos y económicos en juego en El Salvador, ha nombrado a Mons. Arturo Rivera y Damas para seguir, con su propio estilo, la labor de los anteriores obispos de San Salvador. Con ello el pontífice es preciso en definir el papel de la jerarquía en el contexto de la sociedad salvadoreña, conflictuada en grado extremo por la polarización de fuerzas sociales, por antagonismos de clase y por proyectos político-económicos que se han absolutizado en la contienda por el poder de la nación.

3. Los obispos llaman a la unidad nacional y a trabajar por la paz

Cuando una nación se divide, cuando asoman los elementos propios de la disolución social, cuando la crisis toca el fondo de la estructura económica, cuando se conmueven las bases éticas y morales, cuando crujen las instituciones, la Iglesia también se divide. Es una cuestión de orden sociológico, observable en otras latitudes y en otras épocas.

El Salvador, conmovido por una guerra interna en la que afloran los odios y los resentimientos, no podía ser una excepción. No obstante el papel aglutinante de los obispos en sus respectivas diócesis, la indiscutible acción cohesionadora de Mons. Romero en la arquidiócesis y en todo el país, la Iglesia salvadoreña se ha visto dividida, vacilante, a ratos perdida en los conflictos ideológicos.

Juan Pablo II, un verdadero artesano de la paz, condenó el asesinato de Mons. Romero. Vinieron sus delegados y numerosos arzobispos y obispos se solidarizaron con la misión del pastor sacrificado, inmolado por decir la verdad, en medio de las injusticias y con un amor que lo condujo a su propia crucifixión.

Hay que decir, empero, que la unidad de los

obispos salvadoreños no ha sido permanente. Ha habido voces hacia uno y hacia otro bando, según las presiones hayan provenido de arriba o de abajo, incluso de sectores externos, ajenos a nuestra realidad. Eso ha redundado en señales equívocas para los miembros de la comunidad cristiana, creando problemas de conciencia, y hasta reacciones de crítica para aquellos obispos que pública y privadamente han ideologizado el conflicto del país y le han dado una interpretación antojadiza que, desde luego, ha sido utilizada por las fuerzas beligerantes. En particular las disonancias han sido instrumentalizadas por aquellas fuerzas que tienen en su mano los medios de comunicación social, dándole al fenómeno de la guerra interna un carácter meramente subversivo, comunista, de intervención soviética en el área, sin profundizar en las causas reales del levantamiento y en la complicación que deviene de la asistencia y apoyo externo de EE.UU. a determinado esquema de solución.

En los últimos meses, salvo excepción, los obispos salvadoreños han orientado sus pasos hacia la unidad de las distintas diócesis y aun de los fieles de todo el país. El paso público más importante lo constituye el Mensaje Pastoral de la Conferencia Episcopal de El Salvador del 15 de julio de 1982. Consideramos que ese documento, poco divulgado, silenciado acaso por las bombas y los enfrentamientos, debe leerse con sumo cuidado, pues encierra una posición de principio.

Son conscientes los señores obispos en manifestar "no somos expertos en cuestiones sociales, económicas y políticas", pero estimamos un deber sostener:

"1.— Compartimos en lo más profundo de nuestro corazón de pastores el dolor y la angustia de nuestro pueblo, víctima inocente de esta incontenible ola de violencia que ya ha cobrado un precio demasiado alto en vidas humanas y en bienes materiales, enlutando a millares de hogares y volviendo la existencia cada vez más insostenible".

"2.— Como hombres de fe creemos firmemente que esta situación tan dramática tiene una salida y que esa solución hay que buscarla por caminos racionales y no por la vía estéril de la violencia".

"3.— Por eso mismo exhortamos a todas las partes involucradas en el conflicto a que, abandonando toda postura irreductible, se abran a un diálogo sincero, claro, leal, animado de buena voluntad y en un espíritu de auténtico patriotismo, poniendo por encima de los intereses particulares o de grupo, la unión de familias salvadoreña. La Iglesia, por su parte, mantiene su disposición de trabajar incansablemente —desde su propia identidad— por la paz y la reconciliación entre los salvadoreños, a quienes se ha obligado a convertirse en enemigos".

Estos tres puntos conforman lo medular del mensaje de la CEDES de julio de 1982. Está suscrito por Mons. José Eduardo Álvarez Ramírez, C.M., obispo de San Miguel; Mons. Arturo Rivera y Damas, S.D.V., obispo de Santiago de María y administrador apostólico de la arquidiócesis de San Salvador; Mons. Pedro Arnoldo Aparicio y Quintanilla, obispo de San Vicente; Mons. Marco René Revelo Contreras, obispo de Santa Ana; Gregorio Rosa Chávez, obispo auxiliar de San Salvador; y Mons. Fredy Delgado Acevedo, secretario general de la CEDES.

Desde que comenzaron las hostilidades, mucho antes de la asunción de Mons. Romero al arzobispado, la Iglesia en El Salvador habló de paz, de conciliación, de armonía con justicia. Fue Mons. Romero precisamente quien lanzó la frase **No a la violencia, Sí a la paz**. Con gran credibilidad ante los frentes políticos, de masas y aun de los sectores alzados en armas, el Arzobispo Romero apeló desde la catedral por el cese de la violencia y por un arreglo entre las organizaciones populares y el gobierno del Estado. Su muerte truncó esa línea, pues luego los acontecimientos derivaron hacia una lucha irracional, sin cuartel, cuyo saldo a la llegada del Papa a El Salvador es mayor de los 55 mil muertos, entre combatientes de uno y otro bando, y población civil que ha sido la víctima mayor de la guerra interna.

El que los obispos de la CEDES retomen y hagan suya la tesis de la salida política, racional, tras tantos meses de muerte y destrucción, merece la consideración y aprobación de los diversos

Al nombrar a Mons. Rivera arzobispo de San Salvador, Juan Pablo II ha ratificado la línea pastoral de Mons. Chávez y Mons. Romero y ha demostrado que conoce la historia reciente de la Iglesia salvadoreña al tratar de darle unidad, sentido en el tiempo y sobre todo reiteración de continuidad.

sectores. El que los obispos llamen a todas las partes involucradas a un diálogo, y consiguientemente, a una negociación de la paz, también es digno de meditarse. Hay en ese mensaje un esfuerzo unitario por salvar a El Salvador de la tragedia y del desastre. Hay, en consecuencia, sentido de Iglesia, de comunidad de trabajo y espíritu cristiano en favor de la pacificación.

4. Antecedentes de la visita de Juan Pablo II a El Salvador

Para el lector desprevenido la presencia de su Santidad Juan Pablo II en El Salvador puede entenderse como un peregrinaje más del pontífice por el mundo. Quisiéramos recordar que su viaje está relacionado con los padecimientos de la Iglesia de esta zona y que sus mensajes deben escucharse no en forma particular para cada país, sino globalmente. Lo dicho en una nación es válido para las otras y viceversa.

Hay que destacar que vino a Centroamérica y el Caribe en momentos difíciles. Los conflictos se han agudizado internamente, por la misma razón: la injusticia secular, los métodos violentos, el autoritarismo y el sectarismo de las partes. Vino a una Guatemala desolada por más de 20 años de luchas insurgentes, con graves problemas de integración nacional, dadas las fronteras reales entre los indígenas y los criollos; a una Costa Rica en la quiebra fiscal y monetaria, endeudada internacionalmente y con una democracia liberal que comienza a resquebrajarse no obstante los

esfuerzos de núcleos civilistas del país; a una Panamá, con visos de terminar con el torrijismo y a las puertas de divisiones militares que pueden empujar a la nación a posiciones derechistas; a una Honduras, sin desarrollo económico, con una balanza de pagos desfavorable, necesitada de inversión de capitales y deseosa de recibir la ayuda norteamericana sin importar que venga acompañada de acuerdos bilaterales que permitan el establecimiento de armas militares sofisticadas, así como también de bases para una futura guerra del banano que involucre a toda la región; a una Nicaragua en proceso revolucionario, ardiente en los discursos y en las obras, pero no consolidada su soberanía aún y ante el embate de fuerzas de derecha que por la vía de las armas pretenden desalojar a los sandinistas del poder; a nuestra patria, El Salvador, en plena guerra civil, deteriorada en lo económico y social, y sin salidas políticas viables y razonables con más de diez años de tensiones y de tres de abiertos enfrentamientos que diezman la población, destruyen la infraestructura nacional, y presentan perspectivas de solución a largo plazo.

El Papa y sus asesores sabían lo riesgoso del viaje. De ahí la cautela en las palabras, gestos y actitudes del papa. No cabe la menor duda que, en conjunto, la presencia de Su Santidad en estas tierras está llena de un mensaje cristiano, solidario, fraterno y renovador de la fe para quienes la han perdido. Un mensaje de amor, de llamamiento a la comprensión y la armonía social, dentro de un esquema de paz con justicia. De



conciliación y reconciliación con honor para los bandos contrapuestos.

La visita del Papa a El Salvador está íntimamente correlacionada con las jornadas de oración en los otros países. Todos los discursos, dichos parcial y discretamente en las distintas naciones, constituyen una unidad. Ello hay que tenerlo presente a la hora de leer los trabajos de Juan Pablo II a Centroamérica y el Caribe.

Hay algo más. La presencia del Papa en El Salvador parte de una primera aproximación al problema salvadoreño, vinculado desde el asesinato de Mons. Oscar Arnulfo Romero y puntualizado el 6 de agosto de 1982 en carta dirigida a la Conferencia Episcopal de El Salvador. Esa carta pasó inadvertida para quienes no quieren una solución pacífica al conflicto. Fue ignorada, silenciada por la gran prensa. En esas letras, Juan Pablo II decía a los obispos "es urgente revelarse como artifices de armonía, paz y conciliación, no sólo en el ámbito de la Iglesia, para salvaguardar y potenciar los vínculos de la unidad, sino también dentro de la comunidad nacional ante rupturas y contrastes".

En este mensaje, enviado en la fiesta titular de San Salvador, Juan Pablo II decía **"me doy perfectamente cuenta de que las discordias y las divisiones que turban todavía vuestro país y causan nuevos conflictos y violencias, encuentran su raíz verdadera y profunda en las situaciones de injusticia social: un problema que ha irrumpido con fuerza a nivel político, pero que es sobre todo de naturaleza ética"**.

Esta consideración, proveniente de un hombre de pensamiento universal, pastor de los cristianos de todo el mundo, no puede ser tachada de sectaria o interesada. Es fruto de la reflexión sobre la realidad de un pueblo, cuyo drama ocupa las primeras páginas de centenares de periódicos y revistas de muchísimas naciones. El Papa está diciendo, a través de una invitación a los obispos, que la cuestión salvadoreña si bien se expresa en hecho políticos, y en acciones militares, debe analizarse desde la perspectiva de la ética cristiana.

"La metodología de la violencia, afirma Juan Pablo II, ha llevado a una guerra fratricida -situando a un lado a cuantos consideran la lucha armada como un instrumento necesario para conseguir un nuevo orden social, y al otro lado a cuantos recurren a los principios de la 'seguridad nacional' para legitimar 'represiones brutales'—, no encuentra una justificación racional y mucho menos cristiana".

Este párrafo basta para que unos y otros reconsideren los métodos de la guerra, aunque el Papa vea una justificación mayor en un lado que en el otro, y hagan todo lo absolutamente posible para ponerle fin. Aunque la polarización tenga diversas causas, por un lado, el deseo de la justicia y, por otro lado, la doctrina de la seguridad nacional para mantener un orden favorable a la oligarquía, es al fin y al cabo, una terrible polarización, sin romper la cual no queda más que la continuada guerra con sus trágicas secuelas de represión y destrucción.

El Papa, frente a la absolutización de los esquemas de la extrema derecha y extrema izquierda, hace una propuesta: **"Frente a los métodos de la violencia se hace necesario instaurar los métodos de la paz"**, que **"debe realizarse en la verdad, debe construirse sobre la justicia, debe ser animado por el amor, debe hacerse en la libertad"** (Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, 1 de enero de 1983).

No es de ninguna manera una actitud tercerista la de Su Santidad. Es una voz serena que llama a reflexionar sobre la guerra como instrumento para alcanzar la paz. La guerra en sí es un absurdo; ella mismo no es sino un medio, agotados los esfuerzos políticos de entendimiento y convivencia ciudadana. Quienes afirman "esta guerra sucia que nos han impuesto desde fuera", debieran pensar cuánto de ética cristiana hay en el levantamiento, en la desobediencia social, civil. ¿Es una guerra impuesta desde fuera o hay elementos propios de la injusticia nacional que no se analizan como raíz primera y última de la situación?

Por otro lado, cuando los grupos populares se alzan en armas ¿no deberían hacer un esfuerzo para ver que también entre los núcleos del gran capital hay algunos que consideran ya obsoleto el actual sistema económico, que en la misma Fuerza Armada, en sus generaciones jóvenes, existen los que quieren reformas y que incluso han derramado su sangre por ello, que en el mismo gobierno de los Estados Unidos hay oposición a la presente Administración Reagan y buscan soluciones para El Salvador, aunque no sean tan maximalistas como lo desean los grupos populares? El nudo del problema es demasiado complejo para las generalizaciones y los simplismos políticos. De ahí que la palabra del Papa sea importante para introducir realismo en la polarización, para señalar con amor, a unos y a otros, que hay que redefinir los métodos para alcanzar los fines de la justicia con paz y los fines de la paz con justicia.



En su carta del 6 de agosto de 1982, precisamente un mes antes que el FDR-FMLN ofertaran un diálogo sin condiciones, el pontífice llamó a los obispos y sacerdotes de El Salvador a "hacer más urgente el cometido de encarnar los métodos de la paz en el ministerio de la reconciliación a través de la palabra del Evangelio y de la acción que se inspira en él mismo".

La carta de agosto adquiere un valor moral indiscutible cuando define, a la luz de la enseñanza cristiana y la experiencia política, "que la reconciliación no es signo de debilidad o de vileza; ni es renuncia a la debida justicia o a la defensa de los pobres y de los marginados; es un encuentro entre hermanos dispuestos a superar la tentación del egoísmo y a renunciar a los intentos de pseudo justicia; es fruto de sentimientos fuertes, nobles y generosos, que conducen a instaurar una convivencia fundada sobre el respeto de cada individuo y de los valores propios de cada sociedad civil".

Con pocas palabras Juan Pablo II muestra su conocimiento sobre la realidad de El Salvador. Lo que a algunos sociólogos les llevaría escribir varias páginas, él lo resume de manera penetrante en un párrafo. Se trata, claro está, de una aproximación general a nuestro problema y de una solución que está por encima de favorecer a uno o a otro bando. Más bien prevalece el criterio paternal de aconsejar las vías y los caminos de la paz, tanto por avenirse mejor al sentir de la Iglesia cristiana, cuanto por temor a que la guerra por sí misma no resuelva la tragedia y nos conduzca a posiciones más duras e imbatibles por las fuerzas que disputan el poder.

Es en este momento que debemos meditar sobre las palabras del Papa. ¿Quiere el Santo Padre que se termine la guerra para privilegiar el actual *status quo* y la seguridad nacional? Léase de nuevo el texto, el citado por nosotros, y el completo publicado en ECA, 405, julio de 1982, y se verá que el Papa está contra la injusticia estructural, contra la militarización de la sociedad civil y condena la "seguridad nacional", a nombre de la cual la FF.AA. de El Salvador y de EE.UU., traen las armas, los asesores, la muerte y el luto a las tierras centroamericanas. El Papa está contra el armamentismo, contra las tensiones entre los grupos sociales internos, contra la pseudojusticia, contra la falsa libertad y la falsa democracia.

5. El significado de la visita de Juan Pablo II a El Salvador

Como decíamos en el apartado 4 de este artículo, Juan Pablo II no vino a El Salvador sin conocimiento de causa. Vino enterado y se fue conmovido por los horrores de la guerra. Es cierto que, por respeto a la nación entera y por los protocolos que le impone su condición de pastor universal y jefe de Estado del Vaticano, no replanteó específicamente sus conocidas tesis sobre la realidad nacional.

El ambiente previo a la llegada del Papa era tenso. Los grupos sociales conservadores esperaban que él se pronunciase abiertamente por un diálogo, por una negociación inmediata con la guerrilla del FMLN. Otros esperaban una condena para los alzados en armas contra el sistema. En las esferas sociales no había ningún entusiasmo e inicialmente hasta se llegó a afirmar que era un error traer a Su Santidad a una tierra dividida por la violencia. Poco a poco, a medida que se acercaba su llegada a El Salvador, un espontáneo

movimiento popular se acentuó en las zonas urbanas y semi-urbanas. Comenzaron a aparecer los afiches, las biografías de Karol Wojtila, las fotografías del Papa en compañía del sacrificado Mons. Romero, las estampas; y un viento de esperanza inundó los hogares de las familias cristianas, en particular de las más identificadas con la labor pastoral del arzobispo mártir.

El pueblo salvadoreño, extremadamente religioso, intuía que la presencia del Papa era un bálsamo sobre las heridas de tantos años de odio y venganza. La efigie del Papa inundó las calles de la ciudad y el espíritu de comunidad cristiana dominó sobre el escepticismo y los cálculos de los políticos de extrema derecha y extrema izquierda.

La primera gran noticia, antes de que el Papa arribara a las tierras del Caribe, fue el nombramiento de Mons. Arturo Rivera y Damas como nuevo arzobispo de San Salvador, sucesor de Mons. Romero en la mitra de San Salvador. Esto llenó de alegría a los fieles post-conciliares y también a familias de las capas medias que consideraron el gesto como un signo de unificación de la Iglesia, en la persona de un sacerdote reflexivo y prudente, pero también resuelto a hacer Iglesia en la verdad del Vaticano II, Medellín y Puebla.

El FDR-FMLN, por medio de sus respectivos representantes, comunicó en México que por respeto al Papa se decretaba una tregua de un día en la guerra que libra contra las FF.AA. en territorio salvadoreño. Si era posible una tregua de un día, lo más probable es que la voluntad de paz pudiese lograr más adelante una suspensión de hostilidades que permitiese conversar sobre las fórmulas y mecanismos de pacificación permanentes. El ejército dijo que deseaba la paz y que ojalá no fuese un día la tregua, sino meses o años. No obstante, declaró, que siguiera la guerra.

Todos los partidos políticos, de una u otra forma, manifestaron su conformidad con la llegada del Papa. Los pronunciamientos de los sindicatos de izquierda, centro y derecha no dejan lugar a dudas que esperaban de parte del Papa una intervención a favor de los presos políticos, los perseguidos, los desaparecidos, los exiliados, aunque como ya señalamos, la visita del Papa estuvo condicionada a no aconsejar nada concreto, inmediato, en razón de que sus palabras pudiesen ser instrumentalizadas por unos y otros grupos, por éstas o aquellas potencias, por estas o aquellas ideologías.

El significado del viaje del Papa a El Salvador no hay que descubrirlo desde algunas expec-

tativas, legítimas, pero irreales. No venía él como el Gran Mediador a imponer un orden nuevo ni a bendecir el actual, cuestión que le compete a todos los salvadoreños y no a la Iglesia en sí ni a las élites que dicen representar la voluntad popular. El Santo Padre pudo observar —sin necesidad de la mediación de los asesores y los expertos que hay en el Vaticano, sin leer informes certificados por la nunciatura o los obispos— una gran muchedumbre que alzaba las manos para pedir la paz. Un pueblo oprimido, que no obstante el Estado de Sitio y el Estado de Emergencia Nacional, salió a la calle a recibir a su pastor universal, convencido de que el Papa no podía fallarle ni en asuntos de fe ni en cuanto a solidaridad con el dolor que vive todo el conglomerado.

El Papa fue recibido por el gobierno como un Jefe de Estado, más que como un pastor espiritual. El protocolo en el aeropuerto era excesivamente cargado de besamanos, de inclinaciones, de un respeto oficializado a través de funcionarios de diferente nivel, cuestión que no se dio en ninguna otra nación. No obstante el ambiente de extrema vigilancia, de aparatosa presencia gubernamental, el Papa fue claro en expresar “Estoy cerca y comparto el sufrimiento del pueblo”.

Las vallas de guardias y soldados impedían que el Papa abrazase a la muchedumbre. Antes de subir al vehículo blindado que se construyó en la Maestranza de la FF.AA, el Papa dijo: Me doy cuenta que el país vive “una situación todavía no irreparable, que ha sido sementera de daños, divisiones y peor aún, causante del derramamiento de tanta sangre inocente”. “Vengo,” dijo el pontífice, “bajo la enseña de la paz a tratar de ayudar a detener el conflicto y a reunir de nuevo a la familia, hermanos de verdad”. “Vengo”, agregó, “a promover la justicia y fomentar la reconciliación cristiana”. Palabras generales, sencillas, dichas a propósito para que las oyeran los sordos y las asimilaran paulatinamente todas las capas sociales. En estos instantes las manos humildes levantaron las pancartas con la leyenda “No a la violencia, sí a la paz” y la figura de Mons. Romero brillaba ante el esplendor de la mañana, calurosa, como un verdadero resucitado en el pueblo salvadoreño.

Mientras se hacía el recorrido, acordado por la comisión encargada del recibimiento del Papa, hubo un cambio inusitado en el trayecto a Metrocentro. El Papa ordenó que antes de oficiar la misa programada para las 11:30 am quería visitar primero la tumba de Mons. Romero, que se encuentra en la catedral. Es probable que el cam-

bio solamente lo conociesen unas tres personas, pues el acto estaba señalado para la tarde y ya había entusiasmo en las organizaciones político-populares por estar allí presentes. En catedral, vacía a esas horas, materialmente cerrada, hubo confusión.

El Santo Padre oró ante la tumba de Mons. Romero, y juntamente con Mons. Arturo Rivera y Damas, a quien lo tomó de las manos para que las colocase en la loza donde descansan los restos del sacerdote asesinado. Este gesto ratifica la línea pastoral y evangélica de la arquidiócesis de San Salvador y exige de los otros obispos congruencia con esa línea, para que exista unidad entre ellos y en la dirección eclesial por la que reclamó reiteradamente Juan pablo II. "Dejaros guiar siempre", dijo el obispo de Roma y vicario de Cristo en la tierra, "por vuestros pastores, ayer por los que os procedieron y hoy por nuestro Arzobispo Mons. Arturo Rivera y Damas".

Al invocar la presencia de Mons. Romero, Su Santidad dijo: "pastor, a quien el amor de Dios y el servicio a los hermanos condujeron hasta la entrega misma de la vida, de manera violenta, mientras celebraba el sacrificio del perdón y la reconciliación".

La visita a la catedral, donde han sido velados tantos mártires populares, donde están enterrados los líderes del FDR secuestrados y asesinados en noviembre de 1980, donde han caído en las escalinatas tantos fieles, tantos sacerdotes, tantos religiosos, tiene una significación histórica que debe valorarse no sólo como un hecho que reivindica la memoria de Mons. Romero, si no de todos los que le siguieron y aún SIGUEN en la búsqueda de una sociedad justa, libre de egoísmos, en el más pleno amor a todos los hombres.

Como en todas las cosas de la Iglesia, la oración del Papa en la catedral tiene un sentido espiritual. Es el reencuentro del pontífice con el pastor que sufrió muerte por causa de los pobres en este país, al que tenía que venir para expiarlo de esa mancha ignominiosa que es el asesinato del arzobispo.

Fue Mons. Romero quien trajo al Papa a San Salvador, para que viera y oyera cómo se quejan de la violencia sus moradores, cómo todavía persisten las raíces del mal y cómo la indiferencia, la demagogia y el odio alientan una guerra sin salida.

Después de la oración en catedral, el Papa tomó de nuevo el trayecto oficialmente aprobado. Llegó a Metrocentro, el complejo comercial

al norponiente de la ciudad, y tras los vítores y las aclamaciones de la multitud, dio inicio la misa del tercer domingo de cuaresma.

El sermón, enriquecido de reflexiones pastorales, indicó que se hallaba en el altar "para buscar en el Señor la raíz de la unión, de su vida y esperanza, la fuente de la paz y la reconciliación".

Con gran sentido de las diferencias sociales de El Salvador, Juan Pablo II definió que el cristiano que cree en el triunfo de la vida contra la muerte, "derriba los muros de la enemistad" y "reconcilia mediante su cruz a los pueblos divididos". Esta exaltación del amor entre los hombres está, según el Papa, en el plan original de Dios de que el hombre debe ser hermano de su prójimo. Es el amor la clave de la felicidad de los hombres. De ahí que "contra la dialéctica del enfrentamiento", hay que esgrimir "la del amor que todo lo hace nuevo".

La fe y la esperanza en la paz que mostró Juan Pablo II fue una verdadera lección para todos los salvadoreños, para quienes gobiernan y para los gobernados, para los jefes y los soldados de la FF.AA., para los dueños de las fábricas, las tierras y los grandes negocios y para quienes trabajan por sueldo. Para todos hubo un mensaje que se traducía en una guerra contra el odio, "el cual hay que desterrar de nuestro corazón". El resentimiento, la insania de un largo cultivo de divisiones individuales y colectivas, es la responsable de la situación de violencia que vive El Salvador.

Ya en otra ocasión (el 6 de agosto de 1982) el Papa había dicho que un sistema basado en "represiones brutales" para mantener la injusticia imperante, no podía sino traer odio de clases, malestar y desestabilización. No había por qué en este sermón mencionar, de nuevo, que las condiciones de vida infrahumanas son las causantes principales del estado de guerra que vive la nación salvadoreña. Los oprimidos generan odios y pesares como una reacción natural a la acción de los opresores que, sin amor cristiano alguno, viven a expensas de la miseria y la pobreza de los de abajo.

Ante los hechos consumados de una guerra interna, con injerencia extranjera abierta y categórica, el Papa Juan Pablo II se lamenta: "¡cuántos hogares destruidos, cuántos refugiados, exiliados y desplazados... cuántos huérfanos, cuántos sacerdotes muertos." Ciertamente, más de 55 mil personas víctimas de un conflicto político militar, caídos en la lucha irracional, a

la que urge poner paro para sentar las bases de la paz con justicia.

Al recordar a los muertos del drama salvadoreño, el Papa se refirió a Mons. Romero como "pastor celoso y venerado, Arzobispo de esta grey, quien trató, así como los otros cristianos en el Episcopado de que cesara la violencia y se restableciera la paz".

Aunque la multitud que se congregó a ver y a escuchar al Papa, se percibía altamente sumisa, conducida, un tanto atemorizada, más bien contrita, al oír el nombre de Mons. Oscar Arnulfo Romero lanzó vivas y aplausos. Los carteles decían: "Queremos Obispos como Mons. Romero", a la vez que coreaban el nombre de Juan Pablo II y de su consigna pontificia *totus tuus*. Tras una larga explosión de júbilo popular. Su santidad prosiguió: "Al recordar a Mons. Romero, pido que su memoria sea siempre respetada y que ningún interés ideológico pretenda instrumentalizar su sacrificio de pastor entregado a su grey".

El Papa Juan Pablo II insistió en la necesidad de hacer desaparecer la opresión que alimenta el odio en las sociedades. Dijo que **"el egoísmo que se niega al auténtico diálogo, desconoce los derechos de los demás y clasifica a los hombres en la categoría de enemigos que hay que combatir", destruir, aniquilar.** Fue expreso y tajante en aclarar que **"el diálogo no es una tregua táctica para fortalecer posiciones en orden a proseguir la lucha armada, sino el esfuerzo sincero de responder con la búsqueda de acuerdos, a la angustia, al dolor, al cansancio, a la fatiga de tantos y tantos que claman por la paz"**.

A este propósito es importante citar algunos textos de Juan Pablo II sobre la necesidad de "El diálogo por la paz, una urgencia para nuestro tiempo". Aunque el trabajo está escrito el 1 de enero de 1983, su filosofía se aplica a la realidad de El Salvador y, de hecho, es sobre este marco conceptual que Su Santidad habló en nuestro país.

La experiencia histórica, dice Juan Pablo II, "incluso la más reciente, atestigua en efecto que el diálogo es necesario para la verdadera paz. Sería fácil aducir casos en los que el conflicto parecía fatal, pero en los que la guerra ha sido evitada o abandonada porque las partes en litigio han creído en el valor del diálogo y lo han practicado a través de largas y leales negociaciones".

Diga alguien si no es ése el estado de la verdadera cuestión de El Salvador. ¿No nos hallamos enfrascados en una guerra interna que, al

saldo de millares de muertos, acumula destrucción de infraestructura, deterioro social, devastación en todos los órdenes? ¿No crece a diario la desconfianza, el recelo, la intranquilidad y el rencor que provoca todo choque armado, a largo plazo?

Muchos, en su exceso de realismo, consideran que para El Salvador sólo hay una solución: la victoria militar de una de las partes; esto es, la imposición de la paz del vencedor. Matar, aniquilar al adversario convertido en enemigo por la absolutización irracional de intereses o ideologías. En esto el Papa fue claro en Metrocentro: **hay que terminar de una vez por todas con la dialéctica amigo-enemigo, para dar paso a la categoría de adversario ideológico o político, lo cual implica una humanización de los términos de relación entre los hombres de nuestro tiempo.**

En su trabajo "El diálogo por la paz, una urgencia para nuestro tiempo", Juan Pablo reitera "el diálogo por la paz es posible". "No es una utopía". Aun después de guerras prolongadas, ganando una de las partes, ¿no se ha insistido al final en la búsqueda de diálogo? ¿Hay que esperar que se interioricen los traumas de la guerra para hallar el camino civilizado de la paz? Si la guerra es una acción política para ganar la paz, no cabe la posibilidad de alternar otras soluciones que no sean las exclusivamente militares. La mayor parte de conflictos, lo afirma Su Santidad Juan Pablo II, tienen sus raíces en los antagonismos generados por el enfrentamiento Este-Oeste o Norte-Sur, o una mezcla de ambos, lo que nos lleva a preguntar: ¿El Salvador se dejará arrastrar por esas dicotomías mundiales o buscará su propia fórmula interna para superar las diferencias sociales y salir adelante de la crisis que lo agobia?

Juan Pablo II que fue sumamente cauto en su sermón respecto a tomar partido en la solución de nuestra tragedia, explicó claramente: **"el remedio es la conciliación"**. Señaló que la salida está en **"la posibilidad de cambio de conciencia, de mentalidad y de acción de unos y otros"**. "Jahvé hace obras de justicia y otorga el derecho a los oprimidos" (Sal. 102, 6).

En una abierta apelación a los ricos habló de la necesidad de compartir los bienes materiales con el prójimo, con los hermanos. Condenó a los terroristas por los daños que causan a la nación, y en el sentido papal "terroristas" son tantos aquéllos que destruyen y crean temor, como los que sustentan un régimen de opresión y recurren a los métodos violentos para hacer desaparecer a

los adversarios políticos, al margen de la ley humana y divina.

El Papa señaló que los conflictos tienen modos de superación, distintos de la guerra. Y a todos llamó a tener voluntad de paz, de arreglo, de compromiso y conversión cristiana. El camino de la paz es difícil, está lleno de peligros y trampas, de tentaciones, pero es el único camino para terminar con la guerra.

Conviene en todo caso, recordar que Juan Pablo II advirtió que la paz en el caso de El Salvador no debe ser **“una paz artificiosa que oculta los problemas e ignora los mecanismos desgastados que es preciso recomponer.** Se trata de una paz en la verdad, en la justicia, en el reconocimiento integral de los derechos de la persona humana. Es una paz para todos, de todas las edades, de todas las condiciones, grupos, procedencias, opciones políticas”. “Nadie”, dijo el Santo Padre, “debe ser excluido del diálogo por la paz”.

El llamamiento a que los salvadoreños nos convirtamos en artesanos de la paz, tuvo una calurosa ovación. Sepultar la violencia, he ahí el problema.

Un problema que implica ceder a las demandas de las clases desposeídas. Acentuar la auténtica participación de los trabajadores en lo económico y social, en las dimensiones de una revaloración de las necesidades de nuestros hermanos, los pobres. Intelectual reflexivo, Juan Pablo II en su encíclica **Laborem exercens** ha replantado el valor trabajo en relación a las categorías marxistas de la plusvalía y ha presentado nuevos esquemas de discusión sobre el tema.

En síntesis, Juan Pablo II tiene una posición clara y definida sobre la problemática salvadoreña:

1.- Hay que combatir las raíces sociales de la violencia que han desatado el conflicto político-militar.

2.- Hay que afrontar los hechos de la disolución social que vive El Salvador, cambiando los métodos de la violencia por los métodos de la paz.

3.- Hay que posibilitar los mecanismos del diálogo entre las personas y los grupos sociales antagónicos, dentro de una franca disposición a encontrar la paz.

4.- Hay que propiciar la conversión de todos, religiosos y laicos, en artesanos de la paz. De una paz con justicia, con dignidad y honor.

5.- Hay que repudiar la absolutización de las organizaciones los partidos, los gremios y las ideologías, pues ello sólo conduce a una mayor polarización y a una destrucción creciente de la sociedad y el país.

6.- Hay que crear las condiciones necesarias para una negociación real, verdadera, que ponga coto a la guerra interna, de manera que las partes involucradas en el conflicto hallen espacios necesarios de participación en la lucha política, sin recurrir a los métodos de la muerte, el secuestro, la tortura, la violación a los derechos humanos.

7.- Es el amor y no el odio el motor de nuestra historia, anhelo de un verdadero pastor que al dirigirse a los sacerdotes, religiosos, y religiosas, advirtió con regocijo que están al servicio del bien, y no del mal. Que su labor debe estar más cerca del oprimido que del poderoso, más cerca del que sufre y padece, que del hombre que todo lo tiene.

A muchos salvadoreños nos hubiese gustado que Juan Pablo II, tal como lo hizo en Brasil, viese más de cerca la ciudad y sus alrededores. La forma cómo viven las masas proletarias cristianas, sintiese el dolor de nuestras comunidades agobiadas por los enfrentamientos armados, la paralización de las actividades agrícolas, el desempleo, el hambre, en una mirada de conjunto que enriqueciese aún más la visión de un país que ha perdido la sonrisa, aunque no su empuje y su vigor, para definir su propio destino histórico.

Pero su palabra ha podido tocar el fondo de muchos salvadoreños que ansian la justicia y la paz y de muchos cristianos que creen en el reino de Dios y la opción por los pobres. El Papa, a su modo, ha tratado de impulsar la causa de la paz y de la justicia. Nos queda a nosotros la tarea de concretar y potenciar ese impulso.

San Salvador, 6 de marzo 1983
Día de la Visita de Juan Pablo II
a El Salvador